

O. T. A. N. Y MEDITERRANEO

EL embajador de Estado Unidos en la Organización del Tratado del Atlántico Norte ha vuelto a insistir en que su país patrocinaría el ingreso de España en la Alianza Atlántica. Dentro de los planes estadounidenses de neomonroísmo y de descargar sobre Europa las responsabilidades de su propia defensa, tal actitud es perfectamente coherente. A ella se ha sumado también repetidamente el hasta ahora embajador de España en Washington, don Jaime Argüelles. La postura española es reticente al ingreso en función de que obligaría a doblar el presupuesto de defensa del país. El bloque nórdico de la Alianza, los Países Bajos y Bélgica, y quizá Gran Bretaña, tampoco ven por su parte con simpatía el ingreso de España en la O. T. A. N. Por una parte, nuestra participación en la Alianza la descompensaría, haciéndola más «mediterránea» que «atlántica»; por otra parte, la O. T. A. N. no precisa perentoriamente de nuestra incorporación, dado que dispone de España por países interpuestos, tales como Portugal y Estados Unidos, y que tiene a su servicio la base británica de Gibraltar.

El «incidente Kadafi», a cuenta de sus palabras en Mauritania sobre el Sahara español, ha quedado zanjado con prontitud. Es obligado reconocer que el líder libio es tan impetuoso para el accidental desliz diplomático como para su reparación. Cuando la visita del señor López Bravo a Trípoli se daba por aplazada «sine die» a cuenta del incidente, el Presidente Kadafi acaba de formular una invitación oficial al ministro español para que visite Libia entre los próximos días 20 y 22. Del viaje se esperan, cuando menos, conversaciones exploratorias para sentar las bases de una estrecha cooperación hispano-libia en materia de petróleo.